

## **ICO LA MAESTRA DE LENGUAS** Yalile Muegues Baquero<sup>4</sup>

Ico es una joven muy alegre de labios y mejillas rosadas, su piel es hermosa como el sol y su mirada desprende ese brillo que las adolescentes a su edad poseen. En pocos días recibirá su grado como bachiller y está muy feliz, porque desea ser profesora de lenguas en el colegio de la vereda Villa de La Luz, donde vive con sus hermanitos menores, padres y abuelos. Aquel caserío lleva ese nombre porque es de verdad muy bonito, tan encantador que desde las montañas el sol alumbra con sus rayos de muchos colores a este rinconcito de paz dándole calor a quienes allí viven.

Este es un pueblo pequeño pero tiene dos escuelas: una para niños de primaria y una para los adolescentes y jóvenes que cursan su bachillerato. En pocos días, Ico -junto a diez jóvenes más- terminará la secundaria, y aunque sus padres están contentos, también tienen arrugado el corazón porque saben que ella quiere irse a estudiar a la universidad, para convertirse en la profesora de lenguaje que siempre ha soñado ser. Ico quiere enseñar y que los niños más pequeños conserven su lengua tradicional, que en efecto se está perdiendo. Reconoce que hacen falta educadores con más amor por lo propio, porque los profes que enseñan en su vereda vienen desde otros lugares a impartir sus clases y se marchan por las tardes como si nada, por eso no le dan la importancia a estos detalles, que para Ico son vitales; es indispensable que refuercen esto en la escuela donde se enseña español, matemáticas y muchas materias más, sobre todo en una institución donde la lengua nativa de Ico no tiene espacio.<sup>1</sup>

Sus padres son labriegos y no tienen recursos para llevar a Ico hasta la ciudad para que pueda estudiar; la verdad es que viven muy lejos, por lo que ella no podrá ir y venir a diario, así que probablemente -y si tuvieran los recursos- ella tendría que irse a vivir

allá. Esta es la razón por la que han estado tristes pensando cómo darle esta noticia sin causarle malestar.

Es sábado y, como ella disfruta mucho de la naturaleza, sus padres han planeado un paseo que aprovecharán para explicarle a Ico por qué no podrá ser la profesora de lenguaje en su propia vereda como ella lo ansía.

Al llegar las cuatro de la tarde toda la familia toma los cestos que han preparado y sale hasta aquel hermoso prado a disfrutar la tarde; hay risas y juegos, los más pequeños dan volteretas en la grama y todo es felicidad. Después de comer sobre una sábana en el prado panecillos, mermelada y miel juegan con Fito el perrito mascota de la casa; la madre llama aparte a Ico y le pide que se recueste sobre su regazo para acariciarle esa abundante cabellera rizada.

Mirando con ojos de preocupación a su esposo ella inicia recordándole a su hija lo feliz que han sido en la Villa de La Luz donde, por años y desde que ellos se acuerdan, su familia siempre ha vivido; le cuentan cómo se conocieron, la alegría que experimentaron cuando se casaron y aquel momento intenso en que supieron que ella venía en camino.

Por su parte, el padre le señala a su hija lo importante que es para ellos la modista de la vereda, o la señora de la esquina que ofrece los quesos o la vendedora de las frutas en la plaza de mercado; reconoce que sin la labor de ellas todo sería un poco más difícil.

Ico se levanta de repente y mirándolos fijamente les dice:

Hace varias noches sin querer los escuché decir que no podré estudiar en la universidad para convertirme en la profesional que tanto he soñado ser; esto me hace doler el alma y mi corazón sangra de dolor, pero también reconozco que ustedes me han regalado todo lo que tengo, y que nunca me causarían un mal. Igual, la ciudad está muy lejos y nosotros no tenemos el dinero ni para instalarnos allí, ni para pagar los costos de las matrículas.

Por favor no llores mamá- dice Ico mientras voltea para que no vean cómo sus ojos también se llenan de llanto- seré una gran costurera como doña Solita

4. Es estudiante de Trabajo Social en el CAT Bosconia (Cesar); correo electrónico ymuegues@miuniclaretiana.edu.co

y con esa labor también ayudaré a muchos aquí. Mientras el atardecer perdía su luz, aquel regreso a casa los sorprendió a todos atrapados en medio de un extraño silencio; se sentaron como siempre a la mesa, tomaron sus alimentos con rapidez y luego cada uno se retiró a su habitación a tratar de descansar.

Han pasado muchos meses tras aquel grado de bachiller de Ico y en Villa de La Luz todo sigue como de costumbre, mientras que ella los sábados asiste a la parroquia donde recibe clases de costura por parte de las hermanas religiosas, quienes la instruyen de manera gratuita. Los otros días ayuda a su madre en los quehaceres de la casa y por las tardes trabaja donde doña Solita, pegando botones y cosiendo a mano las bastillas de las prendas. Cuando cae la noche se reúne en la entrada de su casa con los niños de la cuadra; allí cantan y cuentan con ella historias en lengua nativa para no olvidar su idioma original. Una tarde de aquellas doña Solita se enfermó y le quedó imposible ir a El Balcón -ese municipio cercano al que pertenece Villa de La Luz- por eso tuvo que pedirle a Ico que al día siguiente fuera hasta allá por telas, hilos, encajes y una que otra cinta para el taller.

Muy temprano, la muchacha se acicaló y tomó el único transporte disponible para llegar al centro de aquel poblado con vocación de pueblo grande. Realizó las compras tal como le fueron encomendadas, logrando terminar muy pronto su labor, por lo que debió esperar cerca de dos horas, a que el jeep azul regresara para llevarle de nuevo a su vereda, junto con los demás pasajeros que estaban en el lugar en que siempre aparcaba.

Mientras transcurría este tiempo, Ico se puso a caminar por los alrededores de la plaza principal del pueblo; por un momento se sentó en una de sus bancas a disfrutar del ruido de los carros y de las motos; incluso la música de la fuente le llamaba la atención, pues no era usual escucharla a ese volumen en su vereda.

Iba así, distraída, cuando escuchó por el altoparlante de la iglesia local que a El Balcón iba a llegar una universidad que brindaba educación profesional, en muchos lugares apartados donde otras universidades no llegaban. Al oír esto el corazón

comenzó a palparle más rápidamente, sus manos le temblaban y no sabía qué hacer de la mucha emoción que sentía. Ya se imaginaba a sí misma siendo parte de esta institución llamada Universidad Claretiana, de la que nunca había escuchado nada, pero la ilusionaba mucho conocerla; jamás en la historia de El Balcón ni de sus alrededores había llegado la noticia de que una universidad estaría justamente allí en medio del pueblo.

Apenas se recuperó de tanta novedad, Ico caminó dudosa hasta el atrio de la iglesia para preguntar por tal noticia, pero como los nervios no se lo permitieron, decidió huir hacia la estación y tomar el jeep azul que la llevó de regreso a su realidad.

Aún no había pisado el umbral de la puerta de su casa cuando su voz casi gritando comenzó a contarle a sus padres que ahora sí que podría cumplir sus sueños, y que se esforzaría el doble para reunir el dinero necesario y lograr ingresar a la universidad.

Ha pasado un año desde que Ico escuchó hablar por primera vez de la Uniclaretiana y por fin iniciará su primer semestre de estudios en Licenciatura; a pesar de estar muy feliz, siente miedo porque al mirar a su rededor no le son familiares los rasgos físicos de sus compañeros, pues como es natural, ella tiene los propios de su comunidad indígena. Uno tras otro, pasan esos primeros días y a ella cada vez se le ve más triste; casi no participa en las clases y desde su corazón sincero siente que no es aceptada.

Ángela, una compañera quien la ha estado observando, finalmente la aborda; le brinda confianza, la invita a participar en su grupo de trabajo y recurrentemente le pregunta cómo se siente. A partir de esta apertura Ico comienza a mejorar cada vez más en sus calificaciones; sin embargo, aún se siente temerosa y con vacíos; pero con el inicio de sus clases de Pensamiento Claretiano, logra cambiar su manera de pensar. Ahora se siente cómoda con todos sus compañeros al percatarse de que entre ellos hay personas de varios lugares, etnias y culturas con diversas costumbres. Todo esto le proporciona aún más seguridad personal, haciendo que su interacción mejore sustancialmente.

Pronto llegan esas vacaciones de mitad de año que tanto se disfrutaban. De nuevo en el pueblo, le cuenta

a todos sus vecinos lo feliz que se siente de estar adquiriendo todos aquellos conocimientos; a su vez, continúa con su costumbre de reunir a los niños de la vereda para enseñarles lo importante que es aceptarse como son, y para ello vuelve y cuenta su experiencia tal como la vivió al llegar a la universidad y lo que significó ser la única estudiante con ese color de piel y con esa forma de hablar.

Como el vuelo de un cóndor, rápidamente pasa aquel tiempo e inicia el nuevo semestre; Ico se siente ahora más cómoda y segura de no ser rechazada por ser de otra cultura. Cargada de alegrías, se emociona cuando ve llegar uno a uno a sus compañeros de clases. En este nuevo semestre las cosas para ella son más fáciles porque ya aprendió cómo funciona la universidad, las instancias a las que puede acudir cuando necesita algo y a participar en sus espacios de conocimiento e integración; en fin, la vida transcurre de manera positiva para Ico y su grupo de estudio.

Casi sin avisar llega de nuevo la navidad. Ico mira hacia atrás y le parece increíble que ya hayan pasado cinco semestres desde que empezó a caminar en esta construcción de su mayor sueño.

De nuevo en su pueblo, ve cómo sus familiares llegan desde las fincas vecinas a disfrutar de las luces de la Villa de La Luz, que por las noches la hacen parecer un lindo y adornado pesebre. Por las mañanas -con la llegada del alba- los rayos de sol allí son únicos y desprenden colores brillantes formando un hermoso arcoíris. Despertar cerca de su familia es todo un placer; hay tiempo para todo, para disfrutar de los deliciosos platos tradicionales como mazamoras y panecillos que se comparten en navidad; pronto terminará esta época y es mejor no perderse ni uno solo de estos momentos en familia.


Ico saca tiempo para atender sus asuntos y realiza todos los requerimientos para matricular el nuevo semestre, pero al mismo tiempo, para disfrutar de esos añorados espacios de descanso.

El último día del año viejo se reúne toda la familia y entre cantos, charlas y carcajadas disfrutan las festividades mientras el día termina; de pronto suenan las doce campanadas y todos corren a abrazarse y desearse alegrías y felicidades para

el año venidero. Se escuchan los estallidos de los fuegos artificiales, y en medio de todo uno que otro sonido fuerte. De pronto, Ico queda tendida en el suelo, su blusa está empapada de sangre y todo se vuelve un caos. Sus familiares gritan, piden auxilio, no encuentran qué hacer ante el inesperado suceso. El señor Miguel, un vecino que vive cercano a la casa de Ico, se acerca alarmado al escuchar tal algarabía y al verla allí tendida, la toma en sus brazos; le da un poco de esperanza sentir que la joven aún respira. Corre con toda la capacidad que le dan sus viejas piernas hacia el centro médico de la vereda, que esa noche es atendido por la señora Susa, la auxiliar de enfermería -porque el médico solo atiende allí un día a la semana-.

El primer día de clases y de encuentro para los estudiantes de la Uniclaretiana fue a finales de enero; por todas partes se sentía la emoción del reencuentro. Emocionados, los viejos compañeros de estudio se abrazaban y de repente notaron que Ico no había llegado aún. La esperaron con extraña ansiedad, pero pasó todo el fin de semana y nunca la vieron, por lo que entonces decidieron ir hasta su casa para saber por qué ella no se había presentado a estudiar, pues estaba incluida en el listado de matriculados. No más con llegar a la Villa ubicaron la vivienda de su compañera de estudios a donde se aproximaron en medio de expectativas pero también de temor. Allí solo encontraron un montón de hojas secas revueltas con bolsas plásticas y otro tipo de basuras. Cuando se percataron de que la casa estaba sola y abandonada, fueron hasta la vivienda más próxima, en la que vivía don Miguel, quien les narró todo lo sucedido con Ico; les comentó que sus padres decidieron marcharse con ella hacia lo más alto de la montaña, lejos, muy lejos, para olvidar aquel triste recuerdo. Los estudiantes le escuchaban aterrados, sin poder contener su llanto. También les dijo cómo desde entonces todo allí había cambiado: ya el sol de la Villa no presumía sus lindos colores, por el contrario era opaco y poco llamativo; los niños ya no contaban con aquella su amiga de juegos y de charlas nocturnas y que, mientras tanto, el silencio era ahora el que reinaba en las noches y la tristeza paseaba por las calles de la Villa durante el día.

Hoy se cumplen quince años desde aquella desdichada noche. Esta mañana el alba sorprendió a todos los habitantes de Villa de La Luz con un sol



particularmente fuerte y brillante de color amarillo casi mostaza, con una luz que alumbraba como no lo había hecho por mucho tiempo. Sorprendidos, todos los vecinos se asomaron a sus puertas, comentando entre ellos con alegría sobre aquel nuevo amanecer. De repente, don Miguel cayó en la cuenta de que la casa de Ico ahora estaba limpia y que se escuchaba ruido en su interior. Intrigado, se fue a mirar el origen de esto y con inmensa alegría descubrió que sus vecinos de toda la vida habían regresado. Los vio salir sonrientes a saludarlo con el mismo cariño de siempre, y obviamente no fue fácil para don Miguel aguantarse aquellas ganas inmensas de preguntar por Ico.

En ese preciso momento se hizo un profundo silencio; todos se quedaron mirando cómo se abría la cortina de una de las habitaciones; con gran sorpresa descubrieron detrás de la tela la sonrisa calurosa de la bella Ico, quien -apoyada en sus muletas- movía una mano para saludarles.

Ico, fiel a su espíritu libre, se ha dado ahora una nueva oportunidad y va a reiniciar sus estudios en la Uniclaretiana; para su sorpresa, ella ya no tendrá que ir hasta El Balcón a estudiar, pues recibirá las clases en casa de manera virtual, pudiendo interactuar desde su computador con docentes y compañeros. Ante tantas nuevas y buenas noticias, poco a poco la alegría se abrió campo en medio de la algarabía de los vecinos. Ahora el sol muestra con mucha más intensidad sus bellos colores, y en especial ese amarillo mostaza que se quedó en el centro del arcoíris de Villa de La Luz.